

bregas no formarían parte de la tradición catalana. Escritas en sueco y neerlandés, y versionadas posteriormente por traductores profesionales, se situarían a un nivel similar al de *L'església del mar* o *Soldats de Salamina*. Pero a diferencia de los best sellers de Falcones y Cercas, la lengua no es un mero accidente: impone una distancia que permite abordar cuestiones arraigadas a la propia sensibilidad. El extrañamiento que transmiten estos dos libros está íntimamente relacionado con el bilingüismo, en el caso de *El sonet de la respiració*, o la adopción de otra lengua y otra cultura, en el de *La nena dels nou dits*. Ambos tratan específicamente de la comunicación y del lenguaje. La versión catalana, planteada como un segundo original (como sucede también en las novelas de Monika Zgustova o de Lolita Bosch), adquiere un sentido más allá de la oportunidad de explotar editorialmente una temática atractiva. El caso de la novela de Najat el Hachmi o los ensayos de Simona Škrabec responden a un modelo más clásico: escrito originalmente en catalán, *L'últim patriarca*, y con anterioridad, *Jo també sóc catalana* –un libro nada desdeñable a pesar de su modesta apariencia–, relata la progresiva incorporación a una cultura, a través de una peripecia vital y de un itinerario de filiaciones y lecturas.

Inesperada variedad

El tema es complejo, pero aventuraré algunas conclusiones. El panorama de la literatura catalana se abre con la aparición de escritores excéntricos, que aportan nuevas experiencias vitales, interesantes para los lectores extranjeros y para los propios catalanes que descubren nuevos puntos de vista sobre la realidad que les rodea y la historia reciente. Si hace treinta años eran Terenci Moix, Baltasar Porcel o Quim Monzó quienes incorporaban experiencias viajeras –también Montserrat Roig–, las aventuras transnacionales parecen ser ahora patrimonio exclusivo de las mujeres. Más allá de la oposición entre literatura escrita en catalán o en castellano, el examen de los casos concretos revela una inesperada variedad. Existe el peligro de que este tipo de operaciones desemboque hacia una modalidad de literatura subsidiaria, de traducción automática, una alternativa para un nicho de mercado resistente. Pero, por el momento, el uso de una lengua extranjera para narrar situaciones de la vida catalana en los libros de Laia Fàbregas, Caterina Pascual, Monika Zgustova o Lolita Bosch tiene valor conceptual y estético. Queda por ver hasta qué punto el caso de Najat el Hachmi y Simona Škrabec será cada vez más raro o si la cultura catalana tendrá capacidad no sólo para exportar voces, temas e ideas, sino también incorporarlas a su propio relato. |

Vidas privadas

Lisbeth Salas (Caracas, 1971) es autora de una obra centrada entre el retrato y la fotografía documental. Ha sido finalista de Descubrimientos PhotoEspaña 2007. Las imágenes reproducidas en estas páginas pertenecen a la serie *Vidas privadas* (2005-2008) y han sido realizadas en Barcelona. Se expusieron en la Fundació Suñol de Barcelona en ocasión de la presentación del cuarto número de la revista *Roulotte*. Entre sus últimas exposiciones cabe destacar *El reverso del estadio. Un retrato del fútbol a pie de calle*, en el Espacio Cultural de Caja Madrid, en Barcelona

Monika Zgustova nació en Praga. Ha vivido en EE.UU. y en Francia. En los años 80 fija su residencia en Barcelona. Su última obra publicada es 'La dona silenciosa' / 'La mujer silenciosa' (Quaderns Crema / Acanalado, 2005)



Mi vida entre los idiomas

MONIKA ZGUSTOVA

Nací y me crié en un ambiente monolingüe, aunque mi ciudad, Praga, había sido una capital en la que el yiddish se amalgamaba con el checo y el alemán. Mis padres me raptaron de mi plácida infancia monolingüe para pedir asilo político en los Estados Unidos. En la universidad norteamericana aprendí, a parte del inglés, el hindi y el ruso. Mi padre era un célebre lingüista y desde niña me impregné de una atmósfera culta. Tras haber acabado mis estudios universitarios viví un tiempo en París, donde adquirí un buen conocimiento del francés, y luego me establecí en Barcelona donde, en mi desarraigo, decidí que si quería llegar a sentirme en casa, tenía que aprender ambos idiomas. Un año más tarde empecé a traducir del checo y del ruso a catalán y castellano. Mi vida entre los idiomas: así podría llamarse mi currículum.

Al igual que el escritor húngaro Sándor Márai, el rumano Norman Manea, también exiliado en Esta-

dos Unidos, dice que la lengua resulta ser la verdadera nacionalidad de un escritor. En cambio, Nabokov, Conrad y Beckett eligieron el difícil camino de cambiar de lengua de expresión literaria. ¿El idioma es o no es la señal de identidad? No hay una respuesta que valga para todos.

La dificultad para un escritor en el exilio no es únicamente lingüística. El problema de la pérdida de toda una cultura que le resulta familiar, la pérdida de los puntos de referencia es algo inmensamente difícil de superar. Algunos escritores prefieren soportar las persecuciones a las que les expone la dictadura de su país antes de perder todo su universo sin el cual su obra no tiene sentido, y antes de perder la inspiración que ese universo familiar les proporciona. Sin embargo, para otro creador esa pérdida de referentes puede resultar como un estímulo para crear universos nuevos, no basados en absoluto en el mundo familiar. De esta manera, en el extranjero y en una lengua que no era la suya, Beckett inventó la estética que caracteriza su obra, esos no lugares en medio de la basura o tras una catástrofe nuclear.

Versiones y sabores

¿Cuál es mi opción como escritora? Decidí escribir tanto en checo como en los demás idiomas que domino. Lo hago del siguiente modo: A la hora de elaborar el primer bo-

rrador de mis novelas y relatos uso el checo. Necesito el automatismo que sólo me brinda mi lengua materna para sentirme libre a la hora de escribir ficción. En seguida me pongo a trabajar en la versión castellana, catalana u otra. Se trata de una recreación. Mientras elaboro ese nuevo texto en otro idioma, suelo encontrar mejores soluciones para distintos aspectos literarios de mi obra. Al final, cada versión resulta distinta porque cada idioma tiene su ritmo, su atmósfera, su sabor y perfume específicos. En cuanto al ensayo, evito escribirlo en checo. ¿Por qué? Tal vez porque no estudié en una universidad checa y por lo tanto aprendí en otros idiomas a desarrollar el pensamiento estrictamente lógico a nivel lingüístico. Por esta misma razón no traduzco mis ensayos al checo: prefiero dejar esa tarea en manos de otros traductores y luego revisar su traducción.

Uno de mis filósofos predilectos, Séneca, se encontraba en casa en todas partes porque su espíritu flotaba en las alturas: “Mientras pueda mirar el sol y la luna –decía–, mientras mi espíritu flote en las alturas, descubriendo cosas familiares, ¿qué importancia puede tener el lugar que pisa mi pie?” Haciendo mío este razonamiento, me esfuerzo por sentirme en casa en todos los idiomas que conozco; esa es la cumbre que busco, pero que aún no he alcanzado. |